

**BARRIENDO BAJO LA LLUVIA  
AA.VV.**



SERVICIO EDITORIAL  
**FLAMBOYÁN**

BARRIENDO BAJO LA LLUVIA  
AA.VV.

© DE LOS TEXTOS, SUS AUTORES  
© DE LA PORTADA, MARCO ROLDÁN MOLINERO

SERVICIO EDITORIAL FLAMBOYÁN  
[www.escuelaliteraria.com](http://www.escuelaliteraria.com)

Depósito Legal: TF 70-2025

DISEÑO Y MAQUETACIÓN:  
SERVICIO EDITORIAL FLAMBOYÁN  
IMPRESO EN TENERIFE - ESPAÑA

CORRECCIÓN ORTOTIPOGRÁFICA:  
ELENA MONZÓN CEJAS

La reproducción parcial o total de este libro, mediante cualquier medio, vulnera derechos reservados. Queda prohibida toda utilización de este sin el permiso previo y explícito de los editores.



EXCMO. AYUNTAMIENTO DE  
SAN CRISTÓBAL DE  
**LA LAGUNA**  
Concejalía de Bienestar Social



Este libro ha sido publicado gracias a la Concejalía de Bienestar Social y Calidad de Vida del Ayuntamiento de San Cristóbal de La Laguna y a Muvisa.

Nota del servicio editorial: hemos respetado la forma de escribir de cada uno de los autores/as sin intervenir en correcciones de estilo para conservar su manera de expresarse.

## PRÓLOGO

Nada es definitivo, cada día se renuevan las células. Un día nuevo amanece y hay una nueva posibilidad de brillar, el día promete una nueva ilusión y el día anterior se queda suspendido como una estrella en el cielo, igual que la memoria con sus recuerdos.

Escribimos libros para que las historias tengan un espacio definitivo y las posibilidades infinitas de ser leídos, tantas como estrellas en el cielo.

En *Barriendo bajo la lluvia* os recogemos las estrellas para que iluminen vuestros días de lectura, para que siempre recuerden esos momentos literarios que compartimos, gracias a la Concejalía de Bienestar Social y Calidad de Vida del Ayuntamiento de La Laguna y a Muvisa. Un recuerdo para toda la vida de 30 escritores/as laguneros/as cuya luz personal y energía será una estela que siempre estará en nuestra memoria.

*Si yo tuviera una escoba, cuántas cosas barrería* decía una canción, pero en este libro barremos para casa, barremos para recoger lo mejor de cada casa y llevarlo hasta vuestros

ojos y los de vuestras familias y amigos, así como para los laguneros y laguneras de todas las edades que descubrirán un cielo lleno de pasado que les iluminará por la sabiduría barrida y por las penas ya barridas, ojalá eso. Pero también descubrirán presentes perfectos e imperfectos que conseguirán conocer mejor a sus mayores, esos que les iluminarán con su recuerdo un día que ya solo sean, como todos... polvo de estrellas.

¡A brillar!

Antonia Molinero

Directora de la Escuela Literaria y profesora del Curso de  
Escritura de Memorias

**PRIMERA CONVOCATORIA**  
**AÑO 2024**

## MI AMIGO JORGE LUIS

He escudriñado en mi pasado para encontrar al personaje adecuado sobre el cual escribir. Es cierto que hay gran cantidad de candidatos con llamativas características de los cuales podría hablar, pero después de varios días meditando, al sentarme frente al ordenador y comenzar a escribir, como por arte de magia, se borraron todos esos nombres de mi cabeza y lo tuve claro. El nombre de un buen amigo mío vino a mi mente, superponiéndose a todos los anteriores postulantes.

15

---

Conocí a Jorge Luis hace unos veinte años en Guatemala. Tendría unos veintitantos años en aquella época: bajito, fortachón y soltero de nacimiento. En ese país, a una edad tan avanzada, sin haberse casado, supone un desprestigio social si eres hombre, y mucho más si eres mujer. Jorge Luis era una de esas personas con las que enseguida conectas cuando lo conoces por primera vez. Tenía un carácter bonachón pero contundente cuando hacía valer sus derechos y, como dicen allá en Guatemala, muy *chistoso*. Siempre estaba haciendo bromas y, en muchas ocasiones, costaba identificar si lo que contaba era verdad o chanza.

Cuando nos conocimos, Jorge Luis vivía en una “*colonia*” (barrio) bastante peligrosa en ciudad de Guatemala y tenía que lidiar con narcos, extorsionadores y demás vecinos de dudosa reputación, pero, como él solía decir, lo respetaban porque había sido bombero voluntario y, además, auxiliar de clínica. Estas dos actividades son de mucha utilidad cuando caminas por la delgada línea que separa la vida de la muerte, y Jorge Luis, en más de una ocasión, tuvo que socorrer a algún vecino mal herido, sin preguntar la causa de la lesión. Me contó que tenía que soportar las burlas de los vecinos varones porque lo veían en la terraza de su casa cuando vivía solo, tendiendo su ropa o recogéndola después de la colada. Esta tarea en Guatemala, país machista por excelencia, no es propia de varones sino de mujeres o “*huequitos*”, como llaman por allá a los gais. En otra ocasión me confesó que estuvo ennoviado con una muchacha bien bonita, pero que la tuvo que dejar porque a ella le gustaba que le pegaran. -“*Se ve que su papá la maltrataba y sus anteriores parejas también la golpeaban, y a ella terminó gustándole, pero yo no soy así, eso no me gusta, por eso la dejé*”.

Jorge Luis se encontró entre la vida y la muerte en muchas ocasiones, como aquella vez que andaba de viaje por trabajo en el departamento de Izabal, situado al noreste del país y considerado unos de los más peligrosos de Guatemala. Era festivo, y al final de la jornada, en el pueblo donde se encontraba, se fue a una sala de fiestas en la que tocan música en vivo y la gente baila. Él estaba con un compañero de trabajo, sentado porque tenía lesionada una pierna, tomando cerveza, cuando se le acerca una joven increíblemente guapa y le pide que la saque a bailar. Jorge Luis no creía lo afortunado que

había sido al ser invitado a bailar por tan linda joven, pero tuvo que declinar la oferta porque no podía andar debido a su pierna magullada, así que fue su compañero quien la sacó a bailar. Solo habían transcurrido unos minutos cuando aparece en la pista de baile un hombre, agarra del brazo a la chica y, al tiempo que tira de ella, saca un revólver y le pega varios tiros al compañero de Jorge Luis, a quien deja tirado en el suelo en un charco de sangre. La gente salió despavorida del recinto mientras el asesino, con parsimonia, abandonaba la sala del brazo de la que, aparentemente, era su novia -“*Así son las cosas en Guatemala, Ángel Luis. ¡Fíjate!, si llego a estar bien de la pierna, ahora estaría muerto*”.

Unos años después de conocernos, Jorge Luis terminó casándose con una mujer encantadora. Llevaban un par de años de casados, Jorge Luis e Ivón, cuando, en el trayecto desde el aeropuerto de Guatemala city, donde ambos habían ido a recogerme en su coche, me dice Jorge Luis: -“*¡Fíjate vos!, que tengo que contarte algo. Qué susto pasamos. A Ivón le diagnosticaron cáncer y la mandaron a hacerse quimio, y no le daban más que unos meses de vida. ¡Imagínate! Fuimos al hospital y por casualidad nos encontramos a un médico conocido que nos dijo que le haría nuevas pruebas. Al final, no tenía cáncer, se habían equivocado con el historial de otra paciente. ¡Imagínate, Ángel Luis! Yo ya pensaba, ahora tengo que buscarme una nueva esposa y empezar de nuevo*”-. Así era Jorge Luis, a todo le daba la vuelta y lo convertía en un chiste. Y todas las historias que me contó me las corroboraron sus hermanos.

Un día el destino le gastó a Jorge Luis una broma macabra. Hace unos dos años le diagnosticaron un cáncer, y esta vez

no era una chanza. Una metástasis galopante terminó con su existencia en menos de un año. Jorge Luis nunca se rindió y siempre con una sonrisa en la cara, se resistió a marcharse de este mundo, dejando atrás a una esposa a quien adoraba y a sus dos pequeños, que lo recuerdan constantemente.

Ángel Luis Pérez Morillo

## PÁNICO EN EL COLE

Recuerdo caminar por una calle de la mano de mi madre, para mí esa mano, en ese momento, lo era todo. Me daba seguridad, me sentía importante y tranquila. La calle me pareció bonita; la típica calle lagunera, húmeda, con bonitas casas, árboles. El camino me gustaba. Mi madre no me dijo a dónde íbamos, me sentía feliz por estar con ella, tampoco pregunté, no se fuera a romper el momento mágico de estar con mi madre porque, no solía pasar que ella estuviera para mí. Llegamos a una casa enorme, me pareció un castillo, con una puerta muy grande de hierro negro y muchísimas ventanas.

No entramos por esa puerta grande, fuimos a una puerta lateral más pequeña, nos abrió una mujer vestida de negro, no se le veía el pelo, luego supe que era una monja. Nos llevó por un camino que conducía a un cuartito, parecía una salita para recibir. Es ahí donde empieza mi pesadilla.

Esa señora monja me sujeta mientras mi madre, sin decirme nada, sin despedirse, sin darme un abrazo o un beso, me vuelve la espalda y se dirige a la puerta por la que habíamos entrado. Ahora iba sola, me dejaba allí con esa extraña y ni

siquiera se dio la vuelta para saludarme con la mano, solo veo su espalda mientras se aleja, hasta que ya no la veo.

No me dijo que me dejaba allí porque mi padre se había muerto y tenía más hermanos, eso lo supe más adelante. Así que, me encontré sin padre, sin madre, sin hermanos, sin casa, sin la vida que conocía, y abandonada, sola en un lugar extraño, con gente extraña. Creo que no tuvo en cuenta que solo tenía cinco años y me dejaba completamente sola. Me siento en pánico, desorientada, perdida, angustiada, creo que empecé a llorar y a llamar a mi madre, es en ese momento cuando recibo la primera cachetada y es ahí, en ese momento, cuando empiezo a entender que todo el dolor que siento no debo expresarlo, debo guardarlo; porque, estar callada, que no me oigan ni me vean, es más seguro para sobrevivir en aquella mansión de los horrores. Es en ese momento cuando decido hacerme invisible, ya para mucho, mucho tiempo.

El primer sitio donde me deja la monja es un patio grande, estoy sola, cierra la puerta y se marcha. Me siento perdida en un lugar gigante, desorientada, y muy asustada. Paso mucho tiempo allí, luego, abre la puerta, me llama y la sigo. En silencio, me lleva por unos pasillos grandes, enormes, oscuros, me sentía muerta de miedo, pero no dije ni una palabra, ni un sollozo, nada. Subimos escaleras y recorrimos más pasillos hasta llegar a una puerta grande en un piso alto, luego supe que era un tercer piso. Entramos, veo muchísimas camas, y cada una de ellas ocupada por una niña. Me llevan a una cama, me acuesto y la señora monja se va a su habitación que estaba en ese enorme dormitorio. Mi sensación de abandono, soledad e incertidumbre es enorme,

empiezo a llorar mucho, pero en silencio, silencio que formaría ya parte de mi vida. Lección aprendida.

Creo que, debido al miedo que siento, me hago pis en la cama. Por la mañana empieza una tortura que se repetiría cada noche y, cada mañana, durante mucho tiempo, me hacen quitar las sábanas y sacar el colchón a la azotea mientras me humillan delante de las demás niñas. Todas calladas, ya habían aprendido que era mejor el silencio, también empieza el castigo físico, me hacen poner los dedos de las manos unidos y me pegan con una percha de madera, lo mismo con los dedos de los pies. Esa misma noche, empieza también lo que ya sería un “ritual”. Después de la cena, subimos a la habitación a dormir, todas menos yo, a mí me dice la señora monja que me ponga de rodillas sobre algo que había en el suelo frente a su habitación, lo hice, pasado el tiempo supe que era picón, me indica que levante los brazos con las palmas hacia arriba, sobre cada palma de mis manos me pone uno o varios libros. Si mis brazos se aflojan por el peso y el cansancio recibo golpes con una regla o percha.

Esto se repetiría cada noche porque no podía dejar de hacerme pis en la cama, por mucho que tratara de no dormirme o de ir de cama en cama para que me acompañara una niña al baño, ya que había que pasar por un enorme pasillo lleno de ventanas que, de noche, se veía todo oscuro y me podía el miedo, miedo y dolor que se acentuaba con cada respuesta negativa de las niñas que despertaba para que me acompañaran. Ellas también tenían el mismo miedo.

Dejé de hacerme pis un día que alguien me cogió por los tobillos y me colgó por fuera de la ventana de ese tercer piso

donde estaba mi dormitorio. Me dijeron que, si me volvía a hacer pis, me tirarían por esa ventana mientras me zarandeaban. Ese día dejé de hacerme pis y, ese día, murió una parte de mi niñez ya para siempre.

Otras partes irían muriendo con el tiempo mientras se instauraba la tristeza en mi corazón. El infierno solo me había acogido por primera vez, pasearía por ese infierno muchas veces más, muchísimas, puedo asegurar que demasiadas.

ADG

## LA CARPINTERÍA

Mi madre tenía una hermana favorita que también era mi tía preferida. Con cierta frecuencia, de pequeña me quedaba en su casa a dormir. En su casa, que era una carpintería. El olor a la madera, el suelo cubierto de serrín y el ruido de las máquinas ha quedado grabado en mis sentidos hasta la fecha. Un dormitorio, una cocina, un pequeño baño y una azotea, ese era nuestro territorio. Cuando los carpinteros terminaban su jornada reinaba un extraño silencio y yo inspeccionaba la carpintería, que me parecía enorme, y me tiraba en las montañas de virutas. Apilaba los restos de madera como si de un lego se tratara y daba rienda suelta a mi imaginación. Mi tía trajinaba en la cocina, recuerdo el olor a café que se expandía por toda la casa, y yo atenta a su llamada que suponía un tazón de leche con colacao acompañado por mis galletas favoritas. En la cocina recuerdo una máquina de coser y un cesto de ropa que mi tía retiraba de la única mesa de la que disponía para merendar. Hasta la cena, me entretenía en la azotea, donde la ayudaba a recoger los huevos de sus gallinas que yo colocaba en una huevera con mucho cuidado. Para mí, niña de ciudad, que las gallinas las conocía dibujadas en los cuentos, esto era un gran descubrimiento y una fascinante aventura. Al oscurecer después de lavarme y con el pijama puesto me

metía en su única cama, entre sus sábanas blancas que olían a flores. Era una cama de matrimonio con un gran cabecero de madera y a los lados unas mesas de noche de mármol y madera. Y allí estaba, en una de ellas, encima de un pañito bordado, un marco con la foto de un hombre joven y guapo vestido con sus mejores galas. ¿Quién es tía? preguntaba con curiosidad y ella me miraba con tristeza y decía es mi esposo, mi gran amor. ¿Y dónde está, tía? Está muerto hija, en el cielo con Dios porque era muy bueno.

Muchos años después entendí todo. Mi tía era mujer de un fusilado por los golpistas al inicio de la Guerra. Lo acusaban de ser el tesorero de la CNT, un sindicato mayoritario y legal en la República. Quedó viuda con un hijo de dos años y sin ningún tipo de ingreso. Fue ayudada por su hermano mayor que la dejó vivir en su Carpintería. La costura y la venta de los huevos le procuraban algún dinero que le devolvía la dignidad robada. Desde hace unos meses la foto de su marido, junto a otros muchos, cuelga de las paredes del espacio cultural el Tanque. Un homenaje que llega tarde para ella.

## MI PERSONAJE

“Tengo que enfrentarme a una situación nueva e inédita para mí”, pensaba mientras recordaba toda una vida llena de vicisitudes que comenzaron a golpearle cuando la madre naturaleza, en forma de riada, se llevó todo lo que tenía. De la noche a la mañana se había quedado sin casa, sin muebles, sin tierras, sin nada. Allí empezó su duro peregrinar que le obligó a dejar su trabajo de agricultor y enrolarse en uno de los barcos que tenía la única industria que había en su isla, una conservera que enlataba el atún que con gran esfuerzo arrebataban al mar los marineros de aquellos pequeños Atuneros Bermeanos. Su vida dio un vuelco radical, además de su trabajo tuvo que dejar atrás su isla, su familia y la de su esposa, su arraigo, y comenzar absolutamente de cero en otro lugar desconocido.

Fue una lucha tenaz y despiadada, pues tuvo que hacer frente a las penas y sinsabores de la vida, viviendo con ellas día a día hasta ir superándolas muy lentamente con el tiempo. Poco a poco, fue formando su propia familia. Iban naciendo sus hijos y a la alegría de estos acontecimientos se unía la gran tristeza de tener que abandonarlos durante largos periodos de tiempo, pues así lo requería ese sacrificado trabajo que le proporcionaba el sustento mínimo a su familia. En esos duros años se fue forjando a fuego en

su interior esa necesidad de lograr para sus hijos una vida mucho mejor que la suya. Por esa razón aceptó el tener que ir a la pesca del atún a la isla canadiense de Terranova, cerca del Polo Norte, pues era la única forma de poder pagar la educación tanto de su hija como de su hijo, sin establecer las distinciones que en esos tiempos se hacía. Eso le obligó a estar mucho más tiempo separado de su familia, pero todo valdría la pena si sus anhelos se cumplieran.

Después de tantas penalidades, y cuando su vida comenzaba a estabilizarse y gozar de la paz de sentirse junto a los suyos, pues consiguió un trabajo cercano con su título de Primer Mecánico Naval, y estando cerca de ver cumplido su sueño, ocurrió ese suceso que se interponía en aquello por lo que había dejado parte de su vida, de ahí su disyuntiva en intervenir en lo que nunca había hecho anteriormente en todo el transcurrir de los estudios de sus dos hijos mayores.

Todo comenzó al recibir aquella extraña carta que le dirigió el Director de la Escuela Técnica cuando apenas faltaba un mes para que su hijo terminara el último curso de su carrera, en ella le comunicaba su decisión de no dejar presentar al examen final de su asignatura, a todos los alumnos que se habían ausentado de su clase un determinado día, después de haber pasado lista al principio, estando él entre ellos.

Le resultó sorprendente recibir ese tipo de misiva de una autoridad académica sobre unas personas adultas cercanas a finalizar sus estudios superiores. Aquello representaba que el Proyecto Fin de Carrera, que con tanta dedicación había preparado y terminado, lo iba a tener que retrasar hasta la convocatoria de septiembre. Era un pequeño inconveniente que se convirtió en gran problema

cuando suspendió las dos siguientes convocatorias de diciembre y febrero en una asignatura que había aprobado con suficiencia en los dos cursos anteriores, y que también llevaba aprobados los trimestres de este último curso. Lo que le decidió a intervenir fue la amargura y rabia con la que su hijo llegó a casa tras el último suspenso, y que en una actitud nunca vista anteriormente, descargó con unos puñetazos sobre la pared. Esa rebeldía ante la injusticia y abuso de autoridad la hizo suya y tomó la determinación de ir a reunirse con el causante de poner en peligro aquello por lo que tanto había luchado y estaba muy cerca de conseguir. Sabía que se iba a enfrentar a una persona preparada con un empoderamiento y autoridad reconocida, pero sus razones eran mucho más poderosas. Estaba en juego, ni más ni menos, toda una razón de vivir, toda una vida dedicada a un fin, y no iba a permitir tremenda tropelía. El encuentro se produjo, y la humildad cargada de razones triunfó ante la soberbia y arrogancia del poder, que poco pudo decir ante quién se atrevió a mostrarle el valor de una determinación llevada a cabo durante toda una vida de sacrificios.



## **LA PULSERA CON MI NOMBRE: MITAD VERDAD, MITAD FANTASÍA**

Frecuentemente, de pequeña, acudía a la habitación de mis padres. Iba directa a la cómoda de madera clásica con un espejo desgastado. Entre los recuerdos que la adornaban, se encontraba un joyero de cristal labrado que guardaba una pulsera de plata. A pesar de ser un objeto poco valioso y aparentemente simple para mí, tenía un significado mucho más profundo. La pulsera, adornada con eslabones que formaban mi nombre en letras mayúsculas delicadamente talladas, era testigo de historias que, aunque ajenas a mi realidad, se entrelazaban con mi vida de manera mágica. Su magia radicaba en su fuente de inspiración, que me transportaba a un mundo de fantasía, secretos y aventuras, con algún hilo de realidad extraído de relatos familiares y bastante distorsión fruto de mi mentalidad infantil.

Para mí, la pulsera abría una puerta hacia un lugar llamado África, un escenario de una guerra misteriosa que solo conocía a través de relatos vagos y fragmentados. En mis fantasías, se veían escenarios de luchas disparatadas de hombres valientes, caballos veloces blandiendo hachas contra enemigos. Estas escenas guardaban bastante similitud con las películas que veía cada domingo en el antiguo cine Víctor de mi barrio, de

batallas entre indios y soldados americanos, en las que siempre su final levantaba la sala abarrotada de niños que aplaudían aliviados por lo que entendíamos un resultado justo de la batalla. La guerra en mi mente carecía de la brutalidad y el dolor que acompañan los conflictos reales, siendo solamente una fuente de emoción y fascinación para una niña que apenas empezaba a comprender el mundo que la rodeaba.

Pero eso no era lo más importante que contenía la pulsera. Lo que le daba un valor aún mayor era el vínculo emocional que tenía con un ser querido: mi tío Luis. En mis fantasías, él era un héroe valiente que luchaba en la lejana África, protegiendo a los inocentes y llevando consigo la esperanza de un mundo mejor. Cada vez que envolvía mis dedos alrededor de los eslabones de la pulsera, sentía el valor atribuido a mi tío, que en medio de la batalla había acudido a un artesano africano para que tallara el nombre de mi madre, que luego sería también mi nombre, para traerlo como regalo a su hermana más pequeña nacida mientras él estaba en el frente.

Sin embargo, la verdad sobre el origen de la pulsera no era la que siempre creí real en mi imaginación. Recientemente, y a raíz de escribir este relato, mi tía mayor me destruye la historia contándome que no fue mi tío Luis quien la trajo de tierras lejanas, sino un primo de mi madre. La historia de África sí es cierta; la historia de mi tío Luis, sin embargo, estaba ligada a la cruda realidad de la Guerra Civil española. Aunque esta revelación desvaneció la ilusión que había alimentado durante años, decidí no renunciar al relato y aferrarme a mi propia versión de la historia. Para mí, la pulsera seguirá siendo un regalo de mi amado tío, un símbolo de coraje y esperanza en medio de la adversidad. Ahora,

cuando busqué y recuperé la pulsera, dejé que mi mente viajara una vez más a aquellos días de fantasía y aventura, donde la realidad se desdibujaba. Al final, lo que importa no es tanto la verdad de la realidad, sino la verdad que uno construye a través de sus propias experiencias y emociones. Y, en esa verdad, la pulsera seguirá siendo un símbolo de amor, valentía y de la infinita capacidad de la imaginación humana.

María Leticia Rodríguez Hernández



## AGUA

Me avisaron: “Es como un sarcófago, pero blanco, no te puedes mover, no puedes hablar, debes estar quieta, solo escucharás ruidos, si te mueves sería necesario volver a empezar”.

Yo, ¿sin poder mover ni una pestaña?, ¿sin preguntar?, la amenaza de alargarse el proceso se traducía en más tiempo en ese tubo blanco. Me entró pánico, y se debió notar en mi cara, así que la amable enfermera me sugirió que pensase en alguna situación tranquila que yo hubiera experimentado y que me recreara en ella. Yo, tranquila, nunca ha sido mi perfil, más bien lo contrario.

A pesar de todo me puse la bata de hospital que me ofrecieron y obediente me eché en la camilla y volvieron a repetir los consejos para que la prueba se pudiera realizar correctamente. La camilla se movió hacia el interior de ese ataúd redondo y blanco.

Pensé con urgencia dónde, cómo, cuándo he estado tranquila. La respuesta estaba allí, intentando brotar como el agua de

manantial que lucha por salir a la superficie. Agua, claro, siempre agua. Agua.

Agua, siempre ha estado presente, fuera, dentro, rodeándome, acariciándome, sintiéndome. Agua.

Y allí brotó el recuerdo, la sensación, el sentimiento, la imagen, la luz, todo.

¡Si pudiera hacer una película!, pero es difícil transcribir a palabras todo lo que en ese momento surgió, brotó, manó, como el agua que quiere salir de la tierra; a borbotones entre las piedras, limpia, brillante, fuerte y sí, allí estaba esa sensación, sentimiento, vivencia, sobre todo vivencia.

Vivencia porque, aunque no lo supiera era vida, sentir el agua corriendo, las piedras, las plantas, el bosque, vida.

34

Allí estaba asomada a un riachuelo que nacía de las rocas un poco más arriba. El agua limpia, los peces, las larvas de folelé, vida... El tiempo se perdía en ese lugar. Respiraba, olía, sentía cada brizna de todo lo que me rodeaba, me sumergía en el agua, y respiraba vida.

Muchas veces visité ese rincón y siempre encontraba un motivo para volver, pero con los años hay otras prioridades.

Gracias al sarcófago blanco recuperé una parte de mí. Volví a sentir, a ver, a tocar, a respirar, como cuando estaba en mi rincón, me obligué a recordar y disfruté.

María del Carmen Sierra Delgado

## LA MUÑECA

A veces recuerdo un incidente que ocurrió cuando yo tenía 5 o 6 años, y viene a mi mente la sensación de pérdida que sentí.

Era Navidad, siempre lo pasábamos en familia, junto a mis tíos y primos, de lo que tengo un buen recuerdo, era estupendo juntarnos todos, los niños nos mirábamos unos a otros con esa mirada que abarca todo y comprende todo lo que nos interesa, el juego, la ingenuidad, las risas que dejaban paso a una sonrisa permanente. Sobre todo, cuando el día de Reyes nos enseñábamos los regalos... los primos siempre nos ganaban por un amplio tanteo. Mi padre era funcionario, con un sueldo ajustado para 6 hijos, y aunque éramos el mismo número por ambas partes, mi tío tenía un negocio próspero, y claro, eso se reflejaba en los juguetes que nos traían los Reyes Magos, y que compartíamos el día de tan solemne reunión familiar. Pero eso no era importante, los regalos eran todos regalos y todos contentos... Pero aquel año a mi prima le regalaron un “paqui”, un muñeco de goma, la última moda. Aquel bebé me dejó deslumbrada, un aura luminosa lo rodeaba, no paraba de mirarlo, de tal manera que, sin envidia ni frustración, solo admiración, quedó grabado en mi mente.

A mí me habían regalado una muñeca de cartón, que era lo normal en aquella época, cuando en casa vi mi regalo había quedado maravillada con ella, qué bonita era, y tenía vestido y pelo y ojos...

Pasaban los días y yo disfrutaba jugando con mi muñeca, la besaba, la acurrucaba entre mis brazos: cuánto te quiero, qué bonita eres, ahora te voy a dar de comer... mi felicidad era plena... Hasta el momento en que mi hermano pequeño entró en mi habitación, y parece que decidió descubrir qué era aquello que a mí me gustaba tanto. La cogió, se fue al baño y parece que le lavó la cara, porque la pobre muñeca estaba mojada cuando me di cuenta y corrí tras él. Se la quité y cuando intenté secarla, cuál no sería mi estupor al ver que su rostro se deshacía y deformaba entre mis dedos... ¿cómo era posible aquello? Mamá, mamá, mi muñeca, mira lo que le han hecho, ya no está... arréglamela...

Sí, fue un sentimiento nuevo que acababa de descubrir en mi vida... La pérdida y la pena... lloré, lloré y lloré por perder mi primera posesión... y con el tiempo pensé: le diré a los Reyes que si el año que viene me pueden traer un “paqui” de goma que no se derrita, pero parece que estaban ocupados y no me oyeron...

Pero, con el paso de los años también descubrí que la vida nos devuelve lo que nos ha quitado, y esto sucedió cuando haciendo una “terapia de vida” surgió en mí este recuerdo y nos recomendaron que hiciéramos y viviéramos un “día del ser”, y dejándonos llevar por la vida viviéramos cosas especiales en el aquí y ahora, para intentar resarcirnos de cualquier frustración. Y viviendo esta experiencia, apareció ante mí una tienda de

juguete y me fijé en una muñeca, la dueña al ver mi interés la sacó del escaparate y me dijo: veo que le gusta, mire qué bonita y se puede lavar en la lavadora..., y yo con la mayor naturalidad, contesté: es preciosa, y es justo lo que estaba buscando, ¡¡¡me la llevo!!!

Y así es como recuperé mi muñeca, que era de tela y nunca se desharía entre mis dedos.

¡¡¡YA SOY OTRA VEZ FELIZ!!! Y me la llevé varias veces al cine, y la senté en el asiento de al lado, y en el descanso conocí a una niña que iba con su madre y llevaba una muñeca casi igual a la mía. Y hablamos de nuestras muñecas como dos niñas.

Fue muy divertido y vivencial y, sobre todo, MÁGICO.



## LAS TRES VITAMINAS

Tenía el pelo rubio y ensortijado, mi madre me tiraba de él, cada día para peinarlo. Al fin y al cabo, a mí me sigue gustando enmarañado, consiguiendo la brisa el pelo y yo estemos dispersos.

Aquel día al ir al colegio sucedió algo tan bonito, en el recorrido encontré un sarantontón diminuto, pensé que necesitaba una madre que le cuidara, y al alargar mi mano para cogerlo revoloteó. ¡Qué mágico! Se posó en mi pelo. Con tan dulce compañía entré en la clase.

Doña Juanita, la maestra, me saludó con esta frase: “¿Qué haces con esa cara de boba?” Lo cierto es que era muy feliz con mi tesoro, me hacía pequeñas cosquillas.

La profesora siempre tenía en sus manos un trozo desvencijado de madera, con clavitos, procedente de un mapa, a modo de regla, daba golpecitos reiterados con ella para mandarnos a callar o amenazarnos con semejante artilugio.

En un momento de la mañana, dejé de sentir a la mariquita, empecé a buscarla. Ella, la autoridad sublime, se acercó a mí

acompañada de esta frase: “Quédate quieta que pareces una rata”. Me tiró del pelo, un dolor muy grande recorrió cada célula de mi cuerpo, de mi alma, de mis entrañas, de todo mi ser de niña de 9 años. En su mano estaba junto con un rizo mío el cadáver de mi bebé. Le grité: “ruin”. A continuación, empezó a darme golpes, armada con ese trozo de madera. Yo quieta, impávida aparentemente. Corrí ladera abajo a refugiarme en el océano, el contacto agua del mar sobre mi piel, el susurro del oleaje, porque ver en el horizonte alguna pardela gritando y revoloteando me ha calmado siempre.

Calada hasta los huesos, tiritando, salí del agua con un gran propósito. Sería maestra de escuela, para ser exactamente lo contrario a doña Juanita. Las letras con Abrazos, Besos y Cariño entran. Las tres vitaminas de Reme.

**SEGUNDA CONVOCATORIA**  
**AÑO 2024**



## ESE AÑO TE MORÍAS

No se confiaba mucho en que yo viviera tras mi nacimiento. En la época que nací, los niños que lo hacían con ocho meses de gestación sencillamente no vivían, y, sin embargo, los de siete sí. Esa era la creencia médica de entonces. Vivíamos en Lanzarote y los médicos les dijeron a mis padres que mi parto debía programarse por cesárea por venir con placenta previa, ya que mi madre podría morir desangrada por salir antes la placenta que el bebé. Así que se trasladó a Gran Canaria para esperar al día programado, planificado para poco antes de salir de cuentas.

---

43

Pero tuve prisa por salir, mi madre rompió aguas y mi tía Victoria, después mi madrina, avisó a la ambulancia y nos llevaron a la clínica San Roque, donde nací de ocho meses de gestación por cesárea urgente. Rompí el maleficio y viví. Muchos años después sabría que, mientras yo permanecía en la incubadora, madurando mi disminuido organismo, a mi madre le tuvieron que hacer varias transfusiones de sangre por las intensas pérdidas en la intervención, alguna con reacción alérgica incluida, todo muy aparatoso.

Se ponen muchos esfuerzos en que yo me ponga más fuerte y alcance mis percentiles normales. Durante muchos años seré más delgada de lo normal, comienza mi infancia campestre rodeada de naturaleza, sin muchos árboles la verdad, solo algunas palmeras canarias dispersas, y los arbustos que crecían al borde de la carretera que denominábamos “bobos “y del que nos chupábamos su flor amarilla tan dulce. Confieso que a mí me gustaban más los higos indios, que nos dejaban la boca roja y así parecía que teníamos los labios pintados. La estética la completaban las hojitas de la flor de geranio rojo, que una a una colocábamos en las uñas de cada dedo, a veces también en los pies. Mención especial merecen las tuneras, de las que estábamos rodeados y que era la fuente máxima de materia prima para jugar, lo mismo hacíamos muebles para las casitas con la corteza, que aceite o comiditas varias con su jugoso interior.

Los recuerdos de mi infancia aparecen como escenas sueltas e independientes. Transcurren alrededor de una acogedora y luminosa casa terrera, donde algún tiempo después acudirían muchos vecinos a ver la primera televisión del pueblo, ya que nosotros teníamos luz eléctrica por energía eólica porque mi padre montó un molino de viento que la generaba. Crecí rodeada de plantas, tierra y picón, con las manos y los pies siempre sucios; La bañera era un pequeño estanque rectangular, situado al fondo del cuarto de baño, de pared a pared alicatado con azulejos blancos y el agua vertía por una alcachofa que salía de un recipiente colgante. El método, inventado por mí padre, consiguió que la hora del baño se convirtiera en el juego más divertido, ya que nos deslizábamos de lado a lado, sentados en plan piscina, y siempre queríamos prolongarlo. En los días extraordinarios

nos íbamos a bañar a ese mar lejano donde veíamos pasar los correíllos que unían nuestras islas.

De mi educación, recuerdo con gran cariño nuestra pequeña escolita de la amable Aurelia, en su misma casa; Luego ya pasaría a la estatal, mucho más formal, donde el sabor de la leche en polvo que nos daban a la salida al recreo permanece aún intacto. Mis amigas Pepita y Manena, siempre conmigo, nos turnábamos para ir a merendar a una de las casas, a ellas les gustaba venir a casa de mi abuela porque siempre tenía dulces horneados guardados en la alacena, pero a mí me gustaba ir a las suyas, y me daban pan con aceite y azúcar, a veces acompañado de chocolate.

Mi gran manjar gastronómico, fue, sin duda la “tarta de San Pedro”, que además de en las fiestas de su onomástica, también se hacía para alguna celebración especial. Hacíamos- los niños también colaborábamos, sobre todo porque había que estar presente para repartir las raspas-, un bizcochón en molde redondo con agujero en el centro y luego lo cortábamos por capas, y le poníamos a una capa natilla y a la siguiente capa chocolate, ambas calientes para que embebieran y lo íbamos alternando hasta quedar el redondel rebosando una mezcla exquisita; el resultado final resultaba una absoluta delicia, digna de una gran celebración.

Mi comida favorita era la de los domingos, después de misa, primero sopa y luego bistec con papas fritas. Casi todos los días comíamos pescado, que traía Trina de La Tiñosa. La recuerdo como mi personaje favorito de la infancia: vestía toda forrada de negro, iba descalza, y me impresionaban sus pies grandes, negros, con unos inmensos dedos muy separados uno del otro.

Cargaba el pescado fresco en la cabeza, en una cesta grande sostenida con inimaginable destreza, encontrando el equilibrio a través de un rollo de tela en medio de ambas. Un día, me contó mi padre años después, estando a medio camino de su trayecto y faena habitual, llevando ya realizado como la mitad del camino, unos dos o tres kilómetros, se sintió indispuesta, identificó por su experiencia que había empezado con contracciones uterinas, no creía que le tocara todavía, pero habría que afrontarlo. Se puso de parto, dio a luz a una niña, sabía lo que tenía que hacer y lo hizo, después cargó a la criatura como pudo y siguió con la faena de ir puerta por puerta en un pueblo disperso, a vender su pescado del día.

Hice la primera comunión de corto, fui la primera niña que lo hizo. Y la única en muchos años. Eso mantuvo un debate en mi familia, yo lo viví con naturalidad, aunque debo confesar que hubiese preferido no llamar la atención de esa forma, aunque fuese en un alarde de alabar la sencillez, según me explicaba mi madre.

Hacíamos un ritual para quitarnos las verrugas que, hoy aún, no comprendo la causa de que nos salieran en las manos; íbamos a un cruce de caminos y recitábamos un específico cántico alusivo a las mismas y a la voluntad de que se fueran. No entiendo bien el motivo, pero la verdad es que desaparecían.

Hubo un gran temor que me acompañó y persiguió gran parte de la infancia. No sé con claridad quién me lo dijo, el caso es que algún adulto, en quien yo confiaba, ya que nunca lo cuestioné; me explicó en una ocasión, que, si cuando nos asomábamos a un brocal de aljibe, (cosa que ocurría con mucha frecuencia, ya que en el campo no había agua

corriente y por tanto “guindábamos” baldes de agua continuamente), y no te veías reflejado en el agua, ese año te morías.

Con lo que me costó sobrevivir en mi nacimiento, no me hubiese perdonado morirme por mirar el brocal, cosa que dejé de hacer por el miedo que me daba.

Concepción Rodríguez Valerón



## EL BARCO QUE VINO DE BÉLGICA

Aquel niño belga repeinado, no me gustaba nada, tendría doce años, más o menos como yo. Una niña que comenzaba a manifestar algún signo de rebeldía y no quería seguir yendo a misa con su abuela, como había hecho desde muy pequeña, todas las mañanas, de todos los domingos.

Siempre era lo mismo. Me sabía de memoria los rezos y sermones. Cuando persignarse, arrodillarse, ponerse de pie o sentarse. Los nombres, la posición en los altares, el vestuario y la expresión de la cara de los santos, vírgenes, ángeles y demás seres celestiales.

Veía imágenes con muchas lágrimas y sangre. Mucho dolor, un puñal en el pecho, flechas por todo el cuerpo, clavos grandes en manos y pies.

Había un cuadro enorme con el demonio y personas quemándose eternamente en el fuego del infierno, como recordatorio de lo que podía pasarme si pecaba. Todo era oscuro, triste, y daba mucho miedo.

Un día llegaron los belgas, una familia muy extraña. No sé por qué vinieron desde tan lejos a edificar una casa e instalarse en el

pueblo. Desde el primer momento dejé claro, que yo no estaba dispuesta hacerme amiga de un niño tan raro por quedar bien con los nuevos clientes de mi abuelo, el contratista de obras.

¡Y encima querían que lo acompañara a misa con sus padres y mi abuela!

-Ni pensarlo, - les dije, y no fui.

A pesar de todo, con el paso del tiempo sigo guardando, en mí, con cariño, dos cosas de aquellos extranjeros. Una se ha ido desvaneciendo en el recuerdo, el maravilloso sabor y el aroma de la tarta de chocolate, que llevó la señora un día de visita. Y otra, que conservo bien, está colocada en una estantería de mi casa. Es una botella con tapa de rosca roja, con un barco pequeñito dentro, pegado a un fondo verde endurecido, pintura azul simulando un cielo con nubes blancas; un paisaje con rocas, unas casitas dispersas y un faro que no alumbra, ni falta que hace, pues el barquito no puede zozobrar, ni chocar con nada porque está muy bien anclado en su mundo interior.

No sé si les costó mucho a los belgas desprenderse de aquella bonita botella. Sí sé que me la regalaron con la intención de comprar mi amistad con su hijo. Cosa que era prácticamente imposible, porque a mí, a aquellas alturas, ya empezaban a gustarme los chicos malotes, con el pelo largo, que no iban a la iglesia los domingos con sus padres, ni llevaban pantalones cortos con zapatos colegiales y calcetines.

Fela Ponce Díaz

## SAN CRISTÓBAL DE LA LAGUNA

La Laguna con sus calles adoquinadas, llenas de musgo y humedad, con sus casas terreras y solariegas, con sus patios y jardines, sus tejados llenos de verodes, con sus balcones que miran el bullicio y el tránsito de sus habitantes.

El Instituto de Canarias, con su claustro y jardines, sus patios, con la Iglesia de San Agustín y la Casa de los Paules. Los niños y niñas de Secundaria y Primaria alegran las calles al empezar la mañana.

51

---

Las campanas de las iglesias van dando las horas con su tintineo acompasado, haciendo que el tiempo fluya, y transcurra fiel a cada momento del día. Diría que hay música en sus toques y repiques, que si las de Las Claras, las de San Agustín, si las de Las Catalinas, Santo Domingo con los seminaristas, las del Cristo con los franciscanos, las de La Catedral y la Concepción.

Recuerdo vagamente la Calle Anchieta donde nací. El Cuartel de la Guardia Civil, ahí vieron mis ojos las primeras luces de esta hermosa ciudad, ayudado por la partera doña Andrea que era vecina.

Yo era muy tímido y me escondía detrás de las piernas de mi padre, tapado por sus pantalones. En fin, un niño salvaje, que no se

dejaba pelar por el barbero, y salía medio trasquilado. A medio pelar.

Luego me marché con mi familia a Tacoronte. Me reencontré con La Laguna otra vez a los doce años, pues empecé a estudiar Bachillerato y me matriculé en tercero de Bachillerato hasta llegar a Preu. Disfruté de los paseos por el Campo de La Manzanilla, donde hacíamos Gimnasia por las tardes. Las tardes frías de invierno, esperando la guagua en La Concepción, para volver a Tacoronte.

Recuerdo los paseos por el Camino Largo, con sus infinitas palmeras, las bicicletas de Morales, el Bar Brasília donde iban los profesores, el Bodegón Acentejo donde comprábamos bocadillos. Los carritos de la Catedral, donde nos comíamos al mediodía los rosquetes almibarados y los pilurines.

52

La calle Carrera era un río de gente y de coches, igual que la de Herradores, llenas de comercios y bullicio, con los alumnos de Los Hermanos de la Salle y alumnas de las Dominicas.

Allí está el Teatro Leal con sus bailes de Carnaval y su cine. Los bares de La Laguna le daban un toque diferente a los bebedores y amigos de Tertulia, haciendo a estos lugares puntos de encuentro de los amigos y conocidos.

Se me quedan tantas cosas en el tintero, que será mejor que otro día siga con estos recuerdos.

Jesús Bayón Fuentes

## INFANCIA

Me transporto en el tiempo a esa edad de oro: la infancia, llena de recuerdos y anécdotas.

Recuerdo que desde pequeño ya me troquelaron mis sentidos, mi orientación en el espacio. Era zurdo y me hicieron diestro, por cojones o por ovarios de mis progenitores. Me hice un rebelde y me cagaba en todo lo que se movía. Así llegué a ser un inútil de las dos manos, pues la derecha es la mano que uso normalmente pero no tiene rapidez, y la izquierda ha perdido su glamour de zurda y también está torpe.

Con la comida era una pesadilla. Todos los domingos mataban una gallina y a tomar sopa. Odiaba la sopa y me quedaba con el culo al aire, ya que mi hermana, sí se la comía. Yo me ponía compungido, y te tocaba tu plato de sopa de primero. Me sentía como un ternero cuando lo llevan al matadero, se me rayaban los ojos, a punto de llorar. A mí entraba un asco nauseabundo, en ver aquellos fideos gelatinosos nadando en aquel caldo purgante, y entonces me entraban unas arcadas, sin llevarme todavía la primera cucharada a la boca. Un cachetón me llevaba a la realidad, rompiendo en llanto y atragantado de sopas y lágrimas y decía: ¡Y después del golpe más sopa!

Ya me sentía que era una pequeña estatua y réplica del Pensador de Rodin contemplando horas y horas, una tortilla que tampoco me entraba por el gaznate. Estaba castigado sentado en la mesa, sólo, esperando a que me la comiera, pero esa breva no caía. Yo entiendo de que era un niño flaco y malo de boca para la comida y capaz de quitarle la paciencia a un santo.

Mi madre fue mi primera maestra, aprendí a leer a los cinco años, pero cuando leía Uruguay y Paraguay, me parecían palabras absurdas y sin significados, o sea una pollabobada. Decía que a mí no me gusta esto, y no lo leo. Y antes la regla era: que la letra con sangre entra, y salía de la lectura trasquilado y lloroso, pronunciando a la perfección las dos palabras.

A la primera escuela que fui era la de Antonia María con seis años. Cuando llegabas el primer día, la maestra te sentaba a su lado en un banco, eras un niño rubio y tímido, pero a la semana ya estaba repudiado, alcanzado reglazos y castigos de rodillas, con los brazos en cruz y libros haciendo de pesos. Después fui a la Escuela de Don Yoyo, don Gregorio Santana. Ahí disfruté como un enano jugando a la escondidilla, a guerra y fuego una, dos y tres, a los boliches y al trompo.

Don Yoyo preguntaba la lección al grupo alrededor de su mesa, el primero a su derecha y el último a su izquierda formando un círculo. ¡Ay de ti!, si no te sabías la lección y llegabas de los primeros puestos al último. De repente no sabías lo que te pasaba, te daba un premareo, antes de que a aquella varita mágica te tocara. Un cacho de regla que tenía vida y alma. Te daba con ella en la cabeza. Todos los compañeros ya se habían separado de ti, para evitar daños colaterales. Tu cabeza ya era una caja de resonancia, sentía la expansión del Universo sin

saber lo que era el Big Bang, veía las estrellas en pleno día, acompañado por la deformación espacio-tiempo. A los pocos segundos asumida la realidad, que era un chichón que hablaba y te decía: ráscame.

También recuerdo cuando fui a examinarme libre de Primero de Bachillerato al Instituto por la tarde en el examen de Dibujo. Creo que fue el dos de junio de mil novecientos sesenta y cuatro. Estábamos en el aula capilla dibujando una escalera, cuando de repente, escuchamos unos gritos desesperados de algunas madres que acompañaban a sus hijos fuera del centro. Nos evacuaron del centro, fuego, fuego y se veía en el cielo un hongo inmenso, descomunal de humo, y me dije en la huida esto es como la bomba atómica, como la de Hiroshima, era igual de parecida. Lo que quería en mi huida era correr para la Concepción y coger la guagua y llegar a Tacoronte.

Recuerdo que Manolito el loco era un muchacho de unos veinte años o más, y nosotros apenas con nueve. Era de la Caridad y estaba como un cencerro.

Vestía con unos pantalones de peto y unas lonas blancas, con unos dientes salientes y amarillos con unas paletas enormes, y unos ojos de loco. Nosotros los chicos cuando íbamos de camino a la escuela, si nos lo encontrábamos de frente, nos quedábamos petrificados y nos parábamos en alguna venta o casa cercana, bajo los dinteles de las puertas, como pollos cuando ven a un cernícalo, mirando para otro sitio, porque Manolito era como la gorgona Medusa , porque una vez que te mirara, ya estabas perdido, esperando su acción, pues tenía una mocha llena de perras gordas de diez céntimos y salía corriendo

detrás de ti y te iba dando mochazos en la cabeza, aterrado llegabas a la escuela a coger resuello.

Recuerdo rezando el rosario, pues mi padre era muy religioso y por la noche rezábamos sentados en el comedor después de cenar alrededor de la mesa. Mi hermana para hacerme reír se metía unas uvas negras en los orificios de la nariz, y se tapaba para que mi padre no la viera, parecía un dragón, yo me desternillaba de risa y mi padre soltaba hostias de cuello virado. Yo estaba preparado, tenía medido la longitud del brazo de mi padre, o sea la envergadura del brazo extendido y me sentaba a unos veinte centímetros de la longitud de su brazo. Cuando alguien se dormía en el rezo, entre la digestión de la cena y la monotonía del rosario: Kyrie, eleison, Cristie eleison, Kyrie eleison, Mater Castissima, Ora pro nobis, Mater Admirabilis, Ora pro nobis, Virgo fidelis, Ora pro nobis, Regina Angelorum Ora pro nobis, Regina Virginum, Ora pro nobis, Agnus Dei, qui tollis peccata mundi Misere nobis.

Ya se oían algunos ronquidos por el sopor, y por el calor mezclado con todos los latinazgos de la letanía. De repente estallaba una voz en perfecto castellano, que parecía que venía de las profundidades del infierno: El demonio en la oreja te está diciendo, no reces el rosario y sigue durmiendo. Nosotros despertábamos horrorizados, como si el mismísimo demonio hubiera hecho su aparición.

Otro día les seguiré contando más anécdotas de mi infancia.

# EL SENTIDO DE NUESTRA VIDA

Estamos viviendo una época donde los avances tecnológicos en el campo de la ciencia, la robótica y en general todos los ámbitos del conocimiento humano han alcanzado cotas insospechadas. Hace solo una centuria sería motivo de ciencia ficción y con lo que ya se vislumbra en el horizonte estos avances seguirán creciendo de forma exponencial a un ritmo trepidante.

57

---

¿Hasta cuándo? Nadie lo sabe...

Pero... las grandes preguntas que acuciaban al hombre de la Antigüedad no están mucho más cerca de ser respondidas actualmente.

¿Quién soy? ¿Por qué estoy aquí? ¿Para qué? ¿Qué sentido tiene la existencia humana? ¿Somos algo más que la materia que nos conforma?

Sabemos que tenemos un tiempo finito de existencia, de vida. Y es justo en ese intervalo entre nacimiento y muerte donde ocurre todo. ¿Realmente desplegamos todo nuestro potencial o vivimos adormecidos?

Yo siento que el ser humano, entendiéndolo como Humanidad, no es más feliz ahora, aun teniendo todo lo material a su alcance, que antes.

La ciencia ha estudiado tanto la materia desde lo infinitamente pequeño (microcosmo) hasta lo más grande(macrocsmo); surgiendo cada vez más y más sub-sub-especialidades dentro de los diferentes campos, que ha perdido la idea de conjunto del todo, del individuo en su totalidad. En ese recorrido lo ha ido dejando huérfano de propósito, de trascendencia...Ha sesgado lo sagrado. Si no puede medir, cuantificar o reproducir algo, no existe ...se descarta.

En ello se pierde la peculiaridad, la particularidad y cualidad inherente de la vida.

58 ¿Es que acaso si no veo algo (o no lo puedo reproducir) es que ese algo no exista o pueda existir?

Quizás sea una ilusa, pero mi percepción de la realidad engloba mucho más, donde lo tangible es sólo una porción, no es el Todo. Y que existe un sentido más profundo de la existencia que apenas estamos más cerca de descubrir que antes.

El cuerpo es solo nuestra envoltura física, el vehículo prodigioso que nos contiene y acompaña. Somos consciencia que lo habita. Al identificarnos completamente con nuestro cuerpo, satisfacer sus impulsos y necesidades se convierte en prioridad única. Lo único real. Lo finito. El miedo a perderlo se instaura, por eso vivimos de espalda a la muerte, la relegamos y huimos.

Tenemos miedo a vivir porque tenemos miedo a morir...

Pensamos: “Si no soy más que esto, esta materia que me cobija y solo existe lo que veo y toco. Este será mi único Dios”.

Así se instaura el yo egoico, hedonista, avaricioso, competitivo en el que el ruido externo nos impide escucharnos. No hay tiempo para “ser” y nos perdemos en el “hacer”. Corremos sin avanzar.

Aquí justo, para mí, radica el problema ideológico de esta sociedad. Al quitarle al individuo su espiritualidad (no hablo de religión) le cercena y corta sus raíces, su memoria, su alma ...dejando solo vacío. Pierde en el camino lo más valioso, lo que da el sentido profundo a su existencia. La vida con sus blancos y negros. La ilusión, la felicidad y plenitud aún en la decadencia física. No es en el tener, en el aparentar, en el poseer, ya que todo es prestado...

Nos volvemos cascarones vacíos y vamos por la vida como “pollos descabezados”.

Nuestro Materialismo Ideológico ha matado el Dios, lo sagrado, que habita en nosotros y con ello nos ha privado de trascendencia.

Por tanto, como decía al comienzo un grado tal de desarrollo tecnológico sin que este vaya parejo igualmente a un alto grado de sabiduría, conciencia y ética es como darle al hombre de las cavernas la bomba atómica.

Ese es el gran reto de nuestra civilización.

Si al hombre se le castra de su divinidad y su poder es como un niño inconsciente, un esclavo, que transita su vida solo desde la supervivencia, el miedo y el placer. Todo impulso se reduce a

buscar fuera lo que carece dentro (vacío existencial) y llenarlo con cosas materiales y superfluas. Cuando empieza a darse cuenta del “juego” ya es tarde... En mi experiencia y tras largos años de formación académica y científica la vida me sorprendió... experimenté la magia de lo incomprensible, lo intangible, lo invisible.... descubrí que la conciencia no desaparece con la muerte del cuerpo físico, sino que persistente... se transforma... Deja el traje que le permitió recorrer el camino, se vacía de lo superfluo y se libera.

Venimos y nos vamos... en ese intervalo ocurre todo.

Como decía Elizabeth Kübler Ross, muchos moribundos no recuerdan (al llegar al final de sus días y enfrentarse a la partida) ni sus posesiones, ni sus 40 años trabajando... ni las mil frustrerías en las que se entretuvieron. Se arrepentían, sobre todo, de no haberse escuchado más y de no arriesgarse a ser quienes eran (por conformismo o miedo).

En resumen, defendiendo la libertad del individuo con sus peculiaridades y su grandeza. Su tremendo potencial para mejorar si así lo desea y se le permite ...en una sociedad (que se enfrenta a muchos más desafíos éticos) cada vez más compleja y sesgada, donde el pensar y cuestionar la ideología imperante y las verdades absolutas no es fácil.

Lolina Rodríguez Aguiar

## INFANCIA Y ¿QUÉ MÁS?

Todo transcurría con la relativa normalidad en la que se debe desarrollar la infancia de una niña pequeña, tímida, solitaria y con unas ganas enormes de aprender si no hubiera sido por esa soledad impuesta. Solitaria no por voluntad propia sino por un imperativo, se diría, casi legal e impuesto y relacionado con la estratégica ubicación de la casa en la que vivía ya que se encontraba rodeada de huertas. Las otras casas del entorno estaban situadas a una distancia considerable de la suya o, por lo menos, es lo que le parecía desde el prisma de su corta edad. Esta situación de destierro forzado le permitía desarrollar una gran imaginación, pues se inventaba auténticos amigos ficticios. Amigos leales e imaginarios que le acompañaron durante bastantes años de su infancia. También jugaron un gran papel en ese entorno fantástico sus inseparables muñecas, sus cuentos y, ¡cómo no!, su perro que curiosamente también se llamaba Muñeco. Muñeco era un perro dócil, juguetón, rebosante de alegría y al que solo le faltaba hablar. Tanto es así que se amoldaba a las diferentes situaciones de aquella niña. María, que únicamente ansiaba compañía y que, a través de los años, tuvo que reconocer que fue su verdadero cómplice, aparte de amigo fiel y el real conocedor de sus anhelos y pensamientos ocultos. Muñeco

tenía que ponerse a la altura de su pequeña e ingenua compañera y, en ocasiones, era tan inocente como ella. Si no hubiera sido así, ¿cómo se explica que se dejara manosear su pelo marrón, ondulado, sedoso y le permitiera hacer peinados de peluquería al más fiel ejemplo de Llongueras? Eso solo se lo podía consentir este auténtico peluche andante que sabía de niños con ansias de compañía.

Pasaron los años y aquella maña aprendida para hacer amigos de cuatro patas se convirtió en cruda realidad, pues su aliado y eterno amigo perruno ya no estaba a su lado. Fue ahí cuando María se dio cuenta, con cierto dolor, de lo etéreo y fugaz de la vida. Tal vez fue muy duro y cruel pero quizás era el momento de dejar la ingenuidad y comenzar a salir al mundo real y auténtico, no falto de sorpresas variopintas. Era el momento de visitar a sus amigas de la niñez por su propio pie. Ya no quedaban tan lejos o eso es lo que a María le parecía en ese momento. Su cuerpo se había desarrollado y sus piernas habían crecido lo suficiente para desplazarse a las fincas contiguas, divididas por muros para aislar no solo la propiedad sino también las coloridas plantaciones. Este símil era como una metáfora. Significaba que era el momento de enfrentarse a las dificultades, de sortear las piedras del camino, de hacer amigas del alma. Sí, como ya puedes suponer, intrépido lector, María era yo.

Era el momento de vivir nuevas experiencias, de salir al mundo, de forjar amistades leales. No sé si se trataban de amistades incondicionales al cien por cien, pienso que sí, pues éramos adolescentes sencillas, incautas y sin malicia. También eran tiempos de normas estrictas por parte de nuestros

progenitores que, sin querer, coartaban nuestra libertad y moldeaban nuestra personalidad.

En conclusión, ¿este cambio significaba que estábamos empezando a madurar o, simplemente, que aún nos quedaba un recorrido amplio para intentar echar abajo cánones preestablecidos?

María del Sol Amador Martín



## ¡ABRIENDO PASO A LA VIDA!

¡¡Cuántas veces lo pensé antes de venir!! Mi alma entraba y salía de ese cuerpecito tan diminuto y frágil. La fuerza del rechazo hacia mí, ya inevitable presencia y, por otro lado, el gran empuje que me proporcionaba la vida hacía que me sintiera aturdida y confusa.

No podía aguantar tanta presión y a los 7 meses decidí abandonar el útero de mi madre y salir a toda velocidad. Una vez aquí ya nunca pude borrar la impronta de que este no era mi sitio, de que “alguien” se había equivocado al hacerme venir. Estuve a punto de morir muchas veces. Para mí no hubo incubadora...creo que nunca sabré el motivo. Cuando me apartaban del calor de cualquiera que fueran los brazos que me sostenían, me iba poniendo morada por la hipotermia y me desconectaba. Según tengo entendido, fueron muchas las veces que me bautizaron en los lavabos.

No me amamantaron y, es más, el solo olor a leche, aún hoy en día, me sigue provocando arcadas. No hay un líquido que me produzca más asco. Según me contaron hace ya unos años, me tenían que alimentar con un gotero.

Ante la situación familiar en la que aparecí, puedo imaginar que todo esto lo que hizo fue añadir más leña al fuego. Mi madre se había quedado embarazada con 17 años, por aquellos turbios y oscuros años 60 donde la mujer tenía que ser sumisa, pura y casta hasta de pensamiento. Para la sociedad y para mis abuelos esto suponía una vergüenza, así que, aquellos dos jóvenes desconocidos e inexpertos tuvieron que casarse. Para evitar rumores y comentarios en esa sociedad machista y clasista que pudieran manchar el buen nombre de la familia, la joven pareja debía elegir entre esconderse en un pueblo o emigrar. Y así fue como mi hermano, el primogénito, nació en Suramérica.

Mis padres provenían de mundos totalmente distintos y su relación fue una experiencia difícil y tortuosa. Mi hermano parecía ofrecerle a mi madre el consuelo de no poder aceptar cómo se había truncado su vida de auténtica princesa. Puedo imaginar situaciones muy violentas como pareja, en donde, más que amarse empezaron a odiarse y a tener comportamientos irresponsables. Y en medio de tanto horror, surge un nuevo embarazo, llegando yo, cuando mi hermano aún no había cumplido los dos años.

Sospecho que todas estas vivencias tan extremas hicieran que mi madre sintiera un inmenso rechazo por su pareja y que se hizo extensible hacia mi persona, no solo por inoportuna e indeseada, sino porque tuve la suerte de ser físicamente igualita a mi padre, cosa que nunca me perdonó. Es por esto que no hay una sola foto mía de cuando era bebé ya que todas las rompió.

Aun así, fui creciendo y agarrándome a la vida. Fui convirtiéndome en una niña perfeccionista, miedosa y extremadamente tímida, pero también alegre y divertida cuando brotaba mi inocencia y soltaba el control. Disfrutaba bailando y cantando, aunque competía con mi hermano y le corregía cuando no se sabía la letra de una canción. En mi interior sabía que él era el “hombrecito”, el preferido y no entendía por qué yo no. Esto, con los años, me obligó a ser consciente de que tenía una doble vida, la que por esencia traía y la que tenía que interpretar para ser vista y admitida.

Y un día, no sé cómo, mis padres se separan. Recuerdo que nos fuimos con mi madre a vivir a una casa grande, con una señora de una fuerte personalidad y ciertas dotes de videncia, y gran parte de sus hijos. Allí transitaba mucha gente. Entraban y salían formando un gran revuelo.

Todo era muy misterioso, en una sociedad políticamente convulsa donde la vida valía cero, pero yo ajena a ello, disfrutaba porque tenía el amor y la atención de mi tata Chichía, una indígena bajita y rechonchita, dulce y tierna que cuidaba de nosotros, nos compraba golosinas y nos contaba cuentos.

Recuerdo la algarabía al ver a mi madre en la televisión: se había hecho modelo y se veía preciosa con su pelo rubio recogido en un moño, su pálida tez y sus ojos claros. Una llamativa y elegante belleza en un país donde estas características no son frecuentes. ¡Cómo me encantaba presumir de ella!

No puedo asegurar cuánto tiempo duró esta pasajera felicidad en la que parecía haberse asentado el destino.

En enero de 1967, cuando apenas tenía 4 años y 8 meses, viajamos a España mi hermano, mi madre y yo. ¡Íbamos a conocer a los abuelos! Atrás quedaba mi padre, un trozo de mi vida y mis raíces. Para sobrevivir a este dolor, esta experiencia la guardé en lo más profundo del baúl de mi inconsciente. Confusa y asustada, recuerdo decirle a mi madre en pleno vuelo: “gracias mamita por llevarme contigo”. Aquí empezó la etapa más dolorosa de mi vida. Meses más tarde... también se fue mi madre.

María Isabel Álvarez Álvarez

## LA HISTORIA DE MI VIDA

Yo tenía 8 años y mi hermana 5 cuando mi padre nos internó en una escuela de monjas después de separarse de mi madre. Yo siempre desde muy pequeña he sido un espíritu libre, para mí aquello fue como encerrar un pajarito salvaje en una jaula y encima era verano y estaban todas de vacaciones, así que éramos solo 3 niñas y 3 monjas. Pocos días después de llegar estábamos desayunando y una de las monjas, la más joven, le cogió la cabeza a mi hermana y se la metió en la taza de leche porque no quería comer, eso fue el colmo. Yo me levanté de golpe, cogí un cuchillo de la mesa y le dije todo lo que pensaba, amenazándola con él: ¡Eres mala ruin y fea por eso te metiste a monja porque nadie te quiere, tú eres grande y ella es una niña pequeña y no tienes derecho a tocarla! Cogí el cuchillo y a mi hermana y salí corriendo a la habitación que era un pabellón enorme con muchas camas de hierro con colchones de paja y enormes ventanas enrejadas con hierros gruesos que daban a un patio interior muy antiguo. Había un lavabo y teníamos una escupidera para nuestras necesidades. Yo poco a poco fui arrojando las camas a la puerta hasta que las puse todas y nos barricamos dentro. Llamaron a los bomberos, pero yo los amenacé con matar a mi hermana y matarme yo, y que lo único que quería era hablar con mi madre "que en ese entonces había

emigrado y estaba en Inglaterra, y el miedo de mi padre era que nos llevara con ella". Hubo un tira y afloja y conseguí que la llamaran con la amenaza de matarnos, me pasaron el teléfono a través de las rejas del patio y por fin me desahogue con ella. Bueno resumiendo, después de 4 días de beber solo agua llegaron mi madre mi abuela y mi tía, y nos sacaron de allí. Lo primero que hicieron fue llevarnos a comer un bocadillo enorme que me supo a gloria, y conseguí un poco más de tiempo para estar con mi mamá antes de que se volviera a marchar.

Mary Blanco

## LOS REYES MAGOS

El día de Reyes se acercaba, yo estaba con grandes expectativas, vigilando a mi madre, por si la veía que entraba en casa con algún paquete que fuera para dejarnos el día de Reyes, pero no veía ningún movimiento, y ante la duda le pregunté: - ¿Qué me van a dejar los Reyes Magos?

Y me dice: - Nada. No te van a dejar nada, porque no hay dinero.

71

---

Pero yo no la creía, me parecía imposible. Seguro que me quería dar una sorpresa, e insistí: - ¿Me dejarán unos cacharritos, o una muñeca?

Pero me dijo: - No te van a dejar nada.

Yo me quedé muy triste, pero en mi interior no aceptaba esa respuesta, y pensaba que me quería dar una sorpresa, y muy ilusionada me fui a dormir.

Al amanecer ese día, me levanté buscando ansiosa algún regalo, pero me di cuenta que era verdad, no me habían dejado ningún regalo. Yo me quedé con mucha tristeza en el corazón; era una niña

de ocho años, no entendía cómo no me habían dejado ni una muñeca.

En la calle se oía el sonido de las trompetas, los niños riendo, corriendo, pero yo me quedé en mi casa. No me apetecía salir a jugar.

Al incorporarnos de nuevo a las clases, la profesora nos preguntó, como era natural, cómo nos había ido con los regalos que habíamos recibido. Todas las niñas a mi alrededor contaban lo que les habían traído, muy eufóricas.

La señorita detectó, me imagino por su experiencia, que yo permanecía callada y no participaba en el revuelo que se formó. Me miró y me preguntó: -Rocío, ¿Qué te dejaron los Reyes?

La miré y agaché la cabeza. -No me dejaron nada...- Se hizo silencio. Todas las niñas me miraron asombradas y preguntan: “¿No te dejaron nada?”. Yo, con la cabeza baja, les contestaba: -No, no me dejaron nada, porque mis padres dicen que no tienen dinero y nosotros somos diez hermanos y lo necesitamos para comer.

La señorita, viendo la situación, enseguida cambió de tema y finalizó la clase. Las niñas me miraban incrédulas, un poco con pena. Tampoco ellas entendían por qué no me dejaron nada.

Al otro día por la mañana estábamos en clase. La señorita me llamó: -Rocío, la directora dice que vayas a su despacho-. Yo me quedé temblando, porque por aquella época que te llamara la directora no era para nada bueno. Todas las niñas murmuraban: “¿Te llama la directora para el despacho? ¿Para qué será? Seguro que te va a arrestar”. Yo salí de la clase, temblando, y acompañada de mi señorita entramos juntas y allí estaba la directora. Nos

estaba esperando. Me miró fijamente y yo, pobre de mí, la miraba con pánico... Pero vi una sonrisa en su cara y me dijo muy suavemente: - Mira lo que te dejaron los Reyes en el colegio.

Me fijé y vi en sus manos una muñeca, que me la estaba dando. - Toma, te la dejaron en el colegio-. Me quedé impactada cuando oí que era para mí, y en silencio, mirando la muñeca, murmuré: “¿Es para mí?” - Sí, es para ti.

Fue tanta la alegría y la emoción que me temblaban las piernas. La cogí despacito. Me asusté al cogerla, porque la apreté tanto que hizo un sonido. La directora y la señorita se rieron con dulzura viendo mi reacción.

La muñeca era pequeña, estaba vestida muy bonita. Era pelirroja con dos trenzas; era la muñeca más linda del mundo. Muy tímidamente les di las gracias y salí del despacho rebotante de alegría. Al llegar a clase todas las compañeras se dirigieron hacia mí, preguntándome qué había pasado, y yo les conté mientras les enseñaba la muñeca. Todas se quedaron extrañadas, diciéndome la suerte que tenía.

La verdad es que sí, tuve mucha suerte de haberme encontrado con esas dos personas maravillosas que hicieron a una niña pobre sentirse muy feliz ese día. Y lo más importante, aprendí que siempre hay personas buenas que te apoyan, que la solidaridad con tus semejantes existe. Me enseñaron a valorar y a apreciar lo poco que tenía, a disfrutar. Hay personas que son un verdadero regalo.

Rocío Ibáñez Hernández



## SEGUIRÉ SIENDO UN JUBILADO

-¿Y volverías a trabajar de nuevo?- Haces preguntas difíciles. Sabes muy bien que un pensionista no puede volver a trabajar como si estuviera en activo, tampoco la edad y sus servidumbres se lo permitirían, pero si lo que intentas decirme es si desearía volver a trabajar como lo he hecho en mi vida activa, la respuesta no es fácil.

- ¿Por qué? Yo creo que tú no volverías a coger la tiza en tu vida, te has prejubilado con una pensión decente, tienes todo el tiempo del mundo para leer, para viajar, para dedicarte a tu familia y a tus amigos, para hacer lo que no podías hacer cuando trabajabas, puedes practicar algún deporte, continuar con tus hobbies anteriores o inventar otros nuevos. No pretenderás hacerme creer que piensas en volver al trabajo si pudieras hacerlo.

-Mira, Antonio, yo creo que estás planteando las cosas con bastante frivolidad. Coger la tiza hoy en día dista mucho de cómo se cogía hace 40 o 50 años porque no es la misma tiza, ni son los mismos alumnos, ni los mismos compañeros, ni los

mismos tiempos, ni los mismos métodos. -Más a mi favor, siendo así, ¿Cómo es que quieres reengancharte si pudieras?

-No he dicho eso, ni tampoco lo contrario. Tengo razones para lo uno y para lo otro.

-Explícate, por favor.

-Lo intentaré. La docencia es vocacional como en muchas otras profesiones, el docente la lleva impresa en su alma, en su forma de pensar y de actuar, no puedes dejar de ser docente, aunque quieras hacerlo, no puedes reengancharte porque nunca te has desenganchado, aunque no tengas alumnos sigues siendo profesor, aunque no impartas clases sigues pensando en cómo hacerte entender mejor por tus alumnos virtuales como se dice ahora.

76

-¿Dijiste que los alumnos no son los mismos de otros tiempos?

-Los alumnos son los mismos de siempre pero más indisciplinados e irrespetuosos, la mayor culpa es de los sistemas educativos que estamos sufriendo, pero se extiende en menor medida a profesores y padres, los alumnos más que culpables son víctimas.

Apuramos nuestros vinillos y nos fuimos a casa. Me acosté relativamente temprano y creo que me dormí. De repente: “¿Quién coño te crees tú que eres? Has vivido toda la vida de la enseñanza, has tenido bastante libertad para hacer lo que creyeses más oportuno en cada momento, en cada curso, te has prejubilado en cuanto pudiste y ahora todos son culpables

excepto tú ¿Te parecerá bonito?” Y yo: “Eres mi juez más severo, pero déjame defenderme, si me prejubilé es porque era muy difícil enseñar, porque empleas más tiempo en lograr que los alumnos te atiendan que en transmitir experiencias y conocimientos, y todo porque la disciplina en las aulas no le sonaba bien a los acomplejados o insensatos políticos de turno, para la mayoría de ellos disciplina y autoritarismo es lo mismo y como tienen mando en plaza, pues eso. Pero más que a culpables, intenté buscar soluciones desde mi discreto puesto de profesor de a pie y aprendí que no es fácil actuar para mejorar las cosas si tienes que nadar contra la corriente dominante, te encasillan y te intentan bloquear, quien no esté conmigo está contra mí.” “Pero tú ¿qué buscas ahora?, ¿quieres que te pongan placas meritorias en las esquinas como entre ellos se prodigan? ¿te sientes frustrado por no estar en el candelero? ¿te sientes desencantado por no haber sido dentista, juez o quizás político?” y yo: “No, solo quiero que siga ocurriendo lo que sucede de vez en cuando, que un antiguo alumno te reconozca por la calle, te sonría y te salude con cariño”. Entonces me desperté. A la mañana siguiente llamé a mi amigo Antonio y le dije:

-Antonio, nos vemos esta tarde, quiero seguir siendo un docente jubilado.

Teodoro A. Machín García



**TERCERA CONVOCATORIA**  
**AÑO 2024**



## UN SÍMBOLO DE ESTATUS

Cumplí nueve años tres días antes de llegar al Puerto de Santa Cruz de Tenerife. Viajábamos en el transatlántico llamado Santa María que hacía una ruta desde Lisboa a Miami, pasando por Canarias y varios puertos del Caribe. Mis padres, mis dos hermanas, un nuevo hermanito bebé y yo nos trasladábamos desde La Guaira a Canarias.

Papá, para el traslado, había hecho con madera de teca unas enormes cajas y baúles donde venían los electrodomésticos y enseres de nuestra casa. Con esa madera quería papá hacer los muebles de nuestro nuevo hogar.

Papá me hizo uno de los objetos que más he usado como apoyo, para vaciar o llenar mi mente, guardar secretos, escribir mi diario, o contar por escrito mis memorias. Era pequeño, de líneas bien definidas, sencillo, con un suave y cálido tacto. Una combinación de la suavidad de la madera y la dureza del hierro.

Cuando le daba cera brillaba reflejando la luz y me gusta mucho verlo brillar. Estaba colocado en la habitación que compartía con mi hermana menor, delante de una ventana

por la que penetraba mucha luz. Me gustaba mucho disfrutar de su brillo y comodidad.

En sus gavetas, dos, guardaba los lápices, creyones, afilador, gomas, un diario, varias libretas, y seguro que muchas cosas pequeñas más. En la puerta varios libros de lectura y alguno de texto del colegio.

Mi lindo y práctico escritorio. Los escritorios son, en muchos casos, símbolos de estatus o de autoridad. Muchas veces vemos a un presidente de algún país, o a una persona importante por alguna razón, fotografiado sentado ante su escritorio. En general, suelen ser un reflejo de quién se apoya en ellos.

82

Mi querido escritorio aún me acompaña. Ya no me apoyo en él para escribir, pero sigo dándole cera y miro su brillo. Ahora, es un compañero silencioso que guarda en él secretos de mucho tiempo compartido.

Gracias, papá.

Adela Sandra de Armas Trujillo

## BARRIENDO BAJO LA LLUVIA

En mis tiempos de reinención, trabajando de barrendera, en las calles de la Laguna, viví esa experiencia en mis años de mayor valentía; barrí en un año lo que no había barrido en cincuenta y cinco años de mi vida, fue muy divertido, a pesar de lo difícil que resultó para mí, ya que no estaba acostumbrada a este tipo de trabajo, sobre todo por los zapatos que eran insoportables.

83

---

Lo hice lo mejor que pude como acostumbro a hacer todo lo que hago, tanto, que un día uno de los jefes reconoció que barría muy bien con las hojas de las palmeras, a lo que respondí: -como si hubiese nacido en Canarias.

Después de estudiar tanto, supuestamente para no tener que barrer, sino tener con que pagarle a alguien que barriera mi casa. En esta ocasión no me pude negar, tenía la necesidad de hacerlo. Así que lo valoré de otra manera, pasaron los días más difíciles supuestamente, hasta que llegó el invierno.

Un día anunciaban lluvias muy fuertes, y el supervisor llegó con unos ponchos para trabajar bajo la lluvia, y sí, efectivamente llovía, salí al servicio y no paraba de llover, al contrario, cada hora era más

fuerte, y yo tampoco paraba de trabajar, era tanto que me vino a mí un pensamiento: ¡Qué divertido!

Yo sabía que era romántico bailar bajo la lluvia, pero no barriendo, me reí tanto a carcajadas, que todo el que pasaba se daba cuenta con la alegría que yo estaba barriendo.

Y terminé compartiendo mi anécdota con todo el que se paraba a hablarme.

Ángela Sifontes Zabala

## EL SEÑOR SIN SONRISA

En la distancia era fácil de percibir su presencia porque su porte y sus pasos delataban su identidad.

Un día cualquiera de invierno lagunero en los años ochenta y con paraguas negro, abrigo, bufanda y guantes, podías contemplar aquel señor vestido de oscuro. Unas veces le distinguías la calva, otras iba tapada por una bonita gorra de paño. Se dirigía hacia su trabajo y después de su ritual mañanero desenfundaba todos los artilugios para cortar, oler y acariciar el habano que se llevaba a la boca dejando escapar el humeante olor de su perfume.

Caminaba lento, acompasado y firme. Llamaba la atención aquel caballero que se confundía entre un espía o un alto mando de no sé qué ejército. Recto como si del espacio le sujetaran con un cordel, mirando de frente y sin percatarse de los charcos en el suelo donde más de una vez fue a ahogarse su pulcro zapato.

Su cara ancha, enrojecida por el apurado afeitado sin que un solo bello asomara tímido y sus grandes gafas negras le daban

esa oscuridad a su rostro, provocando ese respeto en los mayores y en los más jóvenes, la intriga y el miedo por el señor sin sonrisa.

Veinticuatro horas y siete palabras, eso es todo lo que tenía que decir cada día. Era todo oídos, pero le caracterizaba ese aire misterioso, baúl donde se guardan los secretos y carpeta cerrada de las opiniones, donde en el cuarto de las tertulias de los hombres se limitaba a cruzarse de brazos y ver las batallas desde la frontera sin cruzarla.

Una imagen, un semblante, un silencio y un habano. Mi padre.

Cristina Ruidera

Faltaban dos semanas y allí estaba Lucía, en la puerta de mi piso, con cajas y una maleta vieja. Me abrazó y me dijo: sabía que no ibas a poder hacerlo sola, así que dejé a hijos y marido y me vine para ayudarte. Estaba a punto de llorar cuando ella preguntó: ¿dónde está la cocina?

Y así empezamos a desmantelar lo que quedaba en casa, ella me decía: estas copas, estos manteles y pañitos bordados, me gustan y esto y esto otro también. Todo lo de Navidad: mi colección de cascanueces, mis más de 150 belenes miniatura, todo era para Carlos. También se repartieron entre los dos todos mis materiales y herramientas de vitrofusión y orfebrería: vidrios, moldes, hornos, alicates, martillos, etc. Carlos no estaba presente, dijo que era muy doloroso verme partir. Toda huella tangible de mi vida de artista se quedó con mis dos amigos.

Se iban llenando las cajas, eran muchas, pero mi amiga estaba como una locomotora, yo a media máquina, de repente, me puse a llorar. Lucía sacó una botella de vino y dos copas, nos pasamos

el resto de esa primera noche riéndonos y haciendo planes para mi futuro.

El día antes de su regreso, Lucía me ayudó a hacer las maletas, o mejor dicho ella las hizo casi sola, yo solo la veía, esto aquí, esto en la otra. Y así se fueron llenando con mi ropa, mis libros de diseño, el de historia del vidrio, el de *Orgullo y prejuicio*, que mi hermana me regaló, con una hermosa dedicatoria sobre el amor entre hermanas, mi dossier de artista, el equipo de *Bartender* que mi hijo no se pudo llevar, unos alicates básicos, la palita de cobre que Carlos me hizo y más cosas que ya no recuerdo.

Era el día del viaje, llegué seis horas antes al aeropuerto de Maiquetía. Yo arrastraba tres maletas: la mía, la que Lucía me regaló y la de mano. Además del bolso donde iban el portátil y más libros, y mi bolso con los documentos y el dinero.

Pasé cinco horas en la fila, los pies me dolían mucho, pero la ansiedad mezclada con tristeza superaba cualquier dolor físico.

Al fin, en el vuelo. No dormí nada. Luego un trasbordo en Madrid y llegué al aeropuerto Tenerife Norte. Al salir, al primero que vi fue a mi hijo, que se apresuró a abrazarme muy fuerte y a quitarme todo el peso de maletas, bolsos y más. Rompí en llanto al ver a mamá y a mi hermana, hacía más de seis meses que ellos partieron y ahora estábamos de nuevo juntos.

Así llegué a una tierra extraña donde aprendí: costumbres, modismos del idioma, nuevas direcciones, a guiarme por *Google maps* y tantas otras cosas.

Mis padres, sesenta y dos años atrás, habían emigrado para hacer “Las Américas”, como se decía en ese tiempo, y yo hace ocho años hice “La España”. De esta forma mi vida empezó a girar. Ahora después de 180º, puedo solo agradecer la experiencia de vivir en un país, que al principio era extraño y difícil de asimilar y ahora es tan mío como lo fue Venezuela.

Gladys Dominguez García  
Dogar



## LA MONTAÑA ROJA (EL MÉDANO)

El viento constante, envolvente  
se enrosca, dilata; todo rellena,  
todo vacía, y no quiero evitarlo,  
y crea música en mi oreja.

Suena y siente a oquedad.

¡Joder vuelvo a mi Olimpo, Joder!

Mis pasos son polvo, mis huellas de arena  
duran a duras penas, esperando otros “yoes”  
que filtren fotones de soles y lunas,  
llenos de soles nuevos; lunas llenas.

Te veo a lo lejos, montaña de fuego.

Y voy hacia ti; ocre, roja; reposado reptil  
dinosaurio durmiente en mi imaginación;  
frontera eruptiva entre el mar y la tierra,  
refugio de pasión, tanteo, resistencia,

una cara oculta de Pink Floyd,  
un rock ácido de Hendrix,  
un *The End* de los Doors,  
con noches de hogueras, de cuerdas, tambor,  
*Lucy in the Sky with Diamonds*  
de ojos de vidrio, rojos, dentro y fuera,  
de cuerpos desnudos en edad de semidioses,  
de sexo lúbrico de humedad y arena.

Jesús Abreu Luis

## ¡CAMBIAR, SÍ!

Me dejaron sola. El grupo, mis amigos, desaparecieron entre charlas y pasos ligeros, perdiéndose en la espesura de los Montes de Oca. Tal vez no notaron mi ausencia, tal vez sí, pero creyeron que les seguiría a poca distancia. Me retrasé en el baño, al salir de la cafetería, habían partido. La soledad cayó sobre mí como una losa de piedra.

Subir a los montes, sola, ascenso escalonado, duro, ¿dónde están? y pensando, lobos, jabalíes, ladrones que asaltaban a los peregrinos ¡horror! El viento entre los árboles, arrastrando hojas secas que crujían a mi alrededor. El cielo se cerraba sobre mí, las nubes grises parecían devorar la claridad del día. Sentí el peso de mi propio aliento, los latidos acelerados del corazón resonando en mis oídos como tambores. ¿Por qué me dejaron sola? La pregunta se clavaba en mi mente como púas, y cada intento de responderla solo habría más preguntas.

El miedo no tardó en instalarse, primero como un nudo en el estómago y luego como un temblor que sacudía todo mi cuerpo. Miraba a mi alrededor buscando un rastro, una señal de que no

estaba completamente abandonada, pero todo lo que encontraba era la densidad de los árboles y las sombras que parecían alargarse y murmurar entre ellas. “No puedo hacerlo... no puedo sola...” murmuré, sintiendo los ojos llenos de lágrimas.

Pero el camino estaba ahí, y yo no tenía más opción que seguirlo. Retroceder no era una alternativa. “¿Adelante?” Adelante era el miedo, pero también era la posibilidad de encontrarme con ellos, de demostrarme que podía.

Cada paso era una lucha. Mi respiración cortada, mis piernas pesadas; el eco de mi mente gritándome que me detuviera. Pero también estaba ese otro eco, más sutil, más firme, “Puedes”. Al principio era un murmullo, como si ni siquiera fuera mi propia voz, pero conforme avanzaba, ese murmullo creció, me hice grande, aceptaba mi destino, y acallé al viento y al bosque.

El miedo no desapareció del todo. Pero dejé de resistirlo. Lo acepté como un compañero inevitable en ese trayecto solitario de kilómetros. Era una prueba de vida. Sentía cómo mi cuerpo se fortalecía con cada paso, cómo el temblor se transformaba en firmeza agarrando con fuerza las tiras de mi mochila.

Me di cuenta de que no necesitaba a nadie más. Que había estado buscando en ellos una seguridad que solo podía encontrar en mí misma. Que cada paso que daba, aunque me pareciera imposible, era prueba de mi fortaleza.

Al final de los Montes de Oca, en la placita de San Juan de Ortega, me encontré con el grupo. Estaban sentados, descansando, tomándose sus bocadillos, como si nada hubiera ocurrido. Una

parte de mí quiso gritarles, exigirles explicaciones, pero otra parte - más grande, más sabia -simplemente los observó y a su pregunta: ¿qué tal? Yo respondí ¡Impresionante!

Ellos no habían cambiado. Yo sí.

Lorena Rojas Rivero



## **COLEGIO MAYOR UNIVERSITARIO JUAN XXIII RONCALLI**

Una de las experiencias más importantes y bonitas de mi vida, ocurrió en mi juventud de estudiante.

Me disponía a trasladarme a Madrid, para estudiar en la Universidad Complutense la carrera de Psicología y buscaba un Colegio Mayor Universitario para alojarme.

97

---

Un día, cayó en mis manos una Revista que publicitaba al famoso Colegio de confesión católica, Juan XXIII Roncalli de Madrid.

El Roncalli de naturaleza hispanoamericano filipino, de cierta élite, ha albergado a cincuenta y seis nacionalidades procedentes de los cinco continentes.

Pensé que su diversidad de culturas y razas, el abanico de actividades que impartía y la convivencia de colegialas de diversas procedencias de dentro y fuera de España, podría aportar un plus especial para mi formación. Me pareció muy interesante. Me impactó. Sentí, que ahí quería estar y solicité plaza.

De su enseñanza saqué la siguiente conclusión: Lo que descubres de ti misma, de otras personas y del mundo en general, ha de servirte siempre para ir hacia delante y como dice un refrán: “para atrás, ni para coger impulso.”

En ese contexto, quiero mencionar lo que su convivencia hizo para mí, una regla de oro, cuyo concepto bíblico nos recuerda Lucas en 6:31: “trata a los demás, como quieras que te traten a ti.” Cuando seguimos esta regla, somos felices y ayudamos a que los otros también los sean; y hablando de buena enseñanza, un ejemplo de ello es - el exquisito trato (digno del mayor elogio) y estímulo constante para todos los participantes - con el que ha impartido su enseñanza, en este curso de Escritura de Memorias “Relatos de mi vida” que hoy finalizamos, nuestra profesora Antonia Molinero.

## LA TARDE DE LOS ABRAZOS

Era una tarde de otoño en la que había regresado el verano, como le gusta hacerlo a él con mucha frecuencia en los *Sures* de mi Isla. En realidad, los días de verano nunca se marchan definitivamente a lo largo de todas las estaciones y es quizá por ello por lo que amo tanto el Sur, porque me gusta el calorcito y también porque en él están mis raíces y las historias y herencias de mis ancestros.

99

---

Los primos habíamos elegido ese día otoñal, sin predecir que se iba a aliar una agradable temperatura para reunirnos en el patio de la casa de los abuelos.

La casa antigua del pueblo donde habían vivido los abuelos con sus siete hijos. Mis seis tíos y mi madre, la única mujer y la única que aún sigue por este mundo, aunque a veces me pregunto que no sé muy bien por qué.

El acceso a la casa es por una estrecha calle empedrada, también muy antigua, que no tiene salida y a su alrededor hay algunas casas de tejas más viejas que la de mis abuelos, lo que da aún más encanto al lugar haciéndonos retroceder en el tiempo cuando nos encontramos en ella.

La entrada a la casa es a través de un gran patio sin puertas, rodeado de macetas con plantas y de algunas puertas que dan a sus habitaciones.

Ese patio nunca ha tenido puerta de entrada y ahora que mi hermano y yo hemos heredado la casa seguimos negándonos a ponerle una. Me gusta que siga abierta para que los numerosos primos que somos puedan entrar libremente a la casa de nuestros abuelos cuando les apetezca. Todos tenemos allí nuestro trozo de historia y no es saludable para ninguno sentir que no podemos acceder a ella y honrar de vez en cuando con nuestra presencia a quienes construyeron nuestra familia en tiempos y circunstancias muy difíciles.

Queríamos reunirnos para saborear una comida que hacemos en esta época otoñal, con conejos salvajes en salmorejo, gofio amasado, papas y batatas guisadas. Todo ello acompañado de vino nuevo de elaboración propia después de la vendimia, pero sobre todo celebrábamos un nuevo encuentro de primos de los ya habituales que tenemos a lo largo del año.

Los primos suelen ser esa parte de la familia con la que te une lo que viene de atrás y si disfrutas de la suerte de haber tenido siempre buena y cercana relación con ellos eres afortunada. Así me siento yo con todos ellos, afortunada.

No tuve hermanas, solo un hermano y algunas de mis primas han hecho la función de hermanas mayores como también sé que le ha ocurrido a mi hermano con algunos de los primos varones, así

que como somos tantos primos siempre he considerado que tenía familia numerosa.

En esta ocasión, al encuentro de primos, a los que también se unen a veces los hijos de ellos y sus nietos, se habían unido dos nuevos primitos, los más pequeños en este momento, mis nietos y tataranietos de los abuelos. Alba con dos años y Martín con nueve meses, ambos primos también entre sí. No era la primera vez que venían a nuestras reuniones, pero sí la primera vez que ocurrió algo especial entre ellos y en este patio familiar.

Ocurrió al atardecer, con la caída del sol, a la hora en que cada tarde se aproximan algunos pajarillos revoloteando por las proximidades de las plantas, cuando ya se había terminado la tertulia y estaban recogidas las mesas. En ese momento, como si de un reconocimiento al patio, a la casa de los abuelos y a los miembros de todo el clan familiar se tratara, desde la alfombra de juegos del suelo en que estaban instalados, Alba y Martín comenzaron espontáneamente y ajenos a todo a darse abrazos.

Unos abrazos cariñosos, tiernos, entregados, que invadieron de paz y amor el lugar. Como si estuvieran sellando un acuerdo de pertenencia familiar.

Aunque no pude verlos, creo que mis abuelos también se encontraban allí en ese momento.

Rosa Amelia Dorta Marrero



## LA CASA DE LOS ABUELOS

Permanece allí, desafiando el tiempo, guardando recuerdos de la casa de mis ancestros.

Las paredes resquebrajadas por cuyas grietas asoma, tímidamente, una humilde enredadera de verdes hojas y flores moradas que, como un bello bordado, reparan sus heridas. Los veredes reverdecen en el tejado afianzando las destartaladas tejas. Puertas y ventanas de un verde intenso que, capa sobre capa, se han ido descorchando. En las ventanas, de cristales rotos, viejos visillos como nubes fantasmagóricas intentan ahuyentar el paso del tiempo. En la puerta un llamador en forma de mano, que en otros tiempos pulido y brillante anunciaba las visitas. Junto a la puerta un buzón de correos, traído de no sé dónde, con un cartero a lomos de un caballo y que tantas veces recibió cartas llegadas por barco o avión desde Cuba o Venezuela. Cartas que yo muchas veces leí y contesté.

El banco, hecho de piedra, trae a mi mente la imagen del abuelo Pepe sentado sonriendo mientras tomábamos el desayuno. Yo a su lado con mi escudilla de leche y gofio a la que ponía trocitos de

queso. El abuelo siempre me repetía: "Barriguita llena corazón contento". Me siento en el banco y, como entonces, percibo el calor de los rayos del sol.

Doy la vuelta hacia la parte trasera. El viejo porche ha perdido parte de su tejado. Allí nos sentábamos a la fresca, como decía el abuelo, para ver los bellos atardeceres. Mientras él fumaba su pipa yo aspiraba aquel olor a tabaco que tanto me gustaba. La abuela hacía rosetas con una especie de cojín con alfileres y yo merendaba o sacaba agua del aljibe para regar los coloridos geranios.

Cuando venían los primos jugábamos en aquel patio hasta el anochecer. Hacíamos un corro tomados de la mano y girábamos a toda velocidad cantando: "Al pan duro, duro, duro, que se caigan todos de culo" y nos soltábamos cayendo al suelo con grandes risas.

104

Contemplo los árboles frutales hoy secos y aquel enorme árbol que siempre tenía hojas y donde cantaban los pájaros. Aquel era mi escondite preferido, allí me camuflaba entre sus hojas mientras escuchaba: "Un, dos, tres, Juan, Periquito y Andrés. Ya conté hasta diez y el que no se ha escondido tiempo ha tenido". Resiste impávido el paso del tiempo. Sus ramas torcidas fueron el lomo de Pegaso, donde cabalgaban mis fantasías. Me vuelvo a sentir como entonces, aquella niña feliz y traviesa; un culo inquieto como decía mi abuelo. Haciendo un poco de esfuerzo me subo a las primeras ramas que aún soportan mi peso y las abrazo.

Siempre me ha gustado caminar por el monte y abrazar los árboles, ahora entiendo por qué. Sentir el cobijo de sus hojas, sus

colores, su olor. Los árboles, incluso cuando mueren, nos dan calor con su leña.

Hoy recuerdo con nostalgia mi infancia, los juegos, las risas, los aromas y sabores de entonces y sé que, a pesar del tiempo, esa niña aún vive en mí y me acompañará para siempre.

Sol García



# ÍNDICE



# Prólogo

<b>PRÓLOGO .....</b>	<b>11</b>
----------------------	-----------

Antonia Molinero

## Primera convocatoria

<b>MI AMIGO JORGE LUIS .....</b>	<b>15</b>
----------------------------------	-----------

Ángel Luis Pérez Morillo

<b>PÁNICO EN EL COLE .....</b>	<b>19</b>
--------------------------------	-----------

ADG

<b>LA CARPINTERÍA .....</b>	<b>23</b>
-----------------------------	-----------

Blanca Carrasco Mesa

<b>MI PERSONAJE .....</b>	<b>25</b>
---------------------------	-----------

José Antonio Plasencia Vizcaíno

<b>LA PULSERA CON MI NOMBRE: MITAD VERDAD, MITAD FANTASÍA .....</b>	<b>29</b>
---	-----------

María Leticia Rodríguez Hernández

<b>AGUA .....</b>	<b>33</b>
-------------------	-----------

María del Carmen Sierra Delgado

<b>LA MUÑECA .....</b>	<b>35</b>
Pilar Romero Mora	
<b>LAS TRES VITAMINAS .....</b>	<b>39</b>
Remedios Hernández Hernández	

## Segunda convocatoria

<b>ESE AÑO TE MORÍAS .....</b>	<b>43</b>
Concepción Rodríguez Valerón	
<b>EL BARCO QUE VINO DE BÉLGICA .....</b>	<b>49</b>
Fela Ponce Díaz	
<b>SAN CRISTÓBAL DE LA LAGUNA .....</b>	<b>51</b>
Jesús Bayón Fuentes	
<b>INFANCIA .....</b>	<b>53</b>
Jesús Bayón Fuentes	
<b>EL SENTIDO DE NUESTRA VIDA .....</b>	<b>57</b>
Lolina Rodríguez Aguiar	
<b>INFANCIA Y ¿QUÉ MÁS? .....</b>	<b>61</b>
María del Sol Amador Martín	

<b>¡ABRIENDO PASO A LA VIDA!</b> .....	<b>65</b>
María Isabel Álvarez Álvarez	
<b>LA HISTORIA DE MI VIDA</b> .....	<b>69</b>
Mary Blanco	
<b>LOS REYES MAGOS</b> .....	<b>71</b>
Rocío Ibáñez Hernández	
<b>SEGUIRÉ SIENDO UN JUBILADO</b> .....	<b>75</b>
Teodoro A. Machín García	

### Tercera convocatoria

<b>UN SÍMBOLO DE ESTATUS</b> .....	<b>81</b>
Adela Sandra de Armas Trujillo	
<b>BARRIENDO BAJO LA LLUVIA</b> .....	<b>83</b>
Ángela Sifontes Zabala	
<b>EL SEÑOR SIN SONRISA</b> .....	<b>85</b>
Cristina Ruidera	
<b>180</b> .....	<b>87</b>
Gladys Dominguez García, Dogar	

**LA MONTAÑA ROJA (EL MÉDANO) .....91**

Jesús Abreu Luis

**¡CAMBIAR, SÍ! .....93**

Lorena Rojas Rivero

**COLEGIO MAYOR UNIVERSITARIO JUAN XXIII RONCALLI ...97**

Menchu Alayón

**LA TARDE DE LOS ABRAZOS .....99**

Rosa Amelia Dorta Marrero

**LA CASA DE LOS ABUELOS .....103**

Sol García

